AÑO XXVIII
Número 1.386

Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

mundo gráfico

Miércoles, 25 de Mayo de 1938

40 CTS

Jaurés, el gran socialista francés, cuya figura, en esta hora tan semejante, por muchos conceptos, a la hora en que cayó asesinado aquel tribuno, cobra un nuevo y emocionante relieve

CRECE en intensidad el movimiento proletario en Europa en torno a la guerra de España, riesgo constante de un gigantesco conflicto mundial. Mítines, viajes, asambleas, discursos. Las masas obreras movilizan su entusiasmo, porque saben que su silencio y su pasividad podrían contribuir al estallido de la nueva tragedia.

Palabras contra la guerra, contra la agresión; palabras de fraternidad, palabras henchidas de un gran anhelo de paz. En 1914, en las vísperas de la gran contienda, también los jefes y las multitudes del trabajo hablaban y protestaban.

Esa protesta obrera es débil en Rusia. El régimen zarista es fuerte allí. Al menor grito rebelde aparecen los cosacos para ahogarlo. En Inglaterra callan también los hombres de la Internacional. Nadie allí cree, en realidad, en la guerra.

Pero en Berlín—en Alemania vive el Partido Socialista más fuerte del mundo—la protesta obrera es más viva. A un mismo tiempo se celebraban veintisiete asambleas proletarias, en las que millares de obreros aplaudían clamorosamente estas palabras:

«Austria ha declarado, con su ultimátum brutal, la guerra a Servia. Heroicamente puso el proletariado ruso ante el zarismo, sediento de sangre, el amenazador «Mane Tecel Phares». Con voz ardiente protestó el obrero francés, lo mismo que el alemán, contra los crímenes de los instigadores de la guerra. Así, pues, no es cierto que las mayorías de estos países deseen la guerra.»

El sentido de estas palabras resonaba ardiente y rebelde en treinta y dos grandes ciudades industriales. Pero había de hacerse con precaución, con cautela, en local cerrado y seguro. Porque en Berlín, unos centenares de obreros que se echaron a la calle cantando contra la guerra chocaron, en la Avenida de los Tilos, con otros grupos que gritaban contra Servia.

(Continúa en la página siguiente)

La MOVILIZACION de las MASAS OBRERAS contra la GUERRA

Cuando Jaurés dijo: «Nosotros no reconocemos los Tratados secretos; el único que conocemos es el Tratado público con la Humanidad y la Cultura.»

Aquel bello sueño de una huelga general internacional contra la guerra

Había muerto Jaurés, y la guerra era ya inevitable. Primeras órdenes de movilización en Europa. Por las avenidas de las grandes ciudades desfilaban manifestaciones de clamor patriótico

Durante dos días, el diario socialista de Berlín grita: «A la movilización de las Potencias sólo hay una respuesta: ¡la perenne movilización del pueblo!» (Años más tarde, en 1938, estas palabras volverán a leerse en los diarios obreros del mundo.)

* * *

Y esos días precisamente se reunen en Bruselas, su centro, los jefes socialistas de todos los pueblos. Han convenido entre sí ejercer, sin pérdida de tiempo, la más enérgica presión cerca de sus Gobiernos respectivos. (¿No se acordará lo mismo veintitrés años más tarde?) Han fijado, además, para el 9 de Agosto, la celebración de un Congreso en París.

En Bruselas ocho mil obreros se apretujan para oír a los jefes. Preside Vandervelde.

El último en hablar es Jaurés. Una ovación ensordecedora, interminable, lo acoge al ponerse en pie.

—Nuestro papel es más fácil—habla Jaurés—que el de nuestros compañeros alemanes. Nosotros no necesitamos imponer a nuestro país la paz, porque ya la quiere por sí mismo. Yo, que nunca he temido cargar sobre mí el odio de los chauvinistas por haber querido acercar a Alemania y Francia, yo tengo hoy derecho a elevar mi voz atestiguando por mi pueblo. Solemnemente lo declaro aquí: El Gobierno de Francia desea la paz. El Gobierno de Inglaterra busca la reconciliación, y aconseja prudencia y paciencia a Rusia. Pero si ello se malograra y Rusia empuñase las armas mañana, entonces el trabajador francés declarará: Nosotros no reconocemos los Tratados secretos; el único que conocemos es el Tratado público con la Humanidad y la Cultura. Si con la fuerza mecánica y con la embriaguez de las primeras luchas lograsen los prohombres absolutistas arrastrar a las masas hasta que la muerte y la miseria asomasen su rostro en todas partes, y el tifus completara la obra de las balas, entonces, todos los Ejércitos se dirigirían contra sus gobernantes y les preguntarían: ¿Dónde están vuestras razones justificando estos montones de cadáveres? Entonces, la Revolución desencadenada les dirá: ¡Afuera, y rogad a Dios y a los hombres que os perdonen! Pero si logramos aplacar el temporal, entonces preciso será que griten los pueblos: ¡Es necesario impedir que los espectros surjan cada seis meses de sus tumbas para asustar al mundo!

Es la última vez que Jaurés habla a la multitud. Muy pocos días después cae asesinado a tiros.

* * *

Como en Berlín, en París se grita también en favor de la guerra. Y contra ello, los socialistas hablan a los suyos, desde sus periódicos: «Desde el sábado, una masa hipnotizada recorre los grandes bulevares, gritando: «¡A Berlín! ¡Viva la guerra!...» Si esta noche no se obliga a callar a esos locos, mañana habrá terminado todo. Por lo tanto, venid todos esta noche a la casa del *Matin* y gritad: «¡Abajo la guerra!»

Al día siguiente es la convocatoria para los preparativos de la huelga general en París. Y en ese día—de enorme resonancia—se eleva por primera vez la voz de un socialista—Hervé—que siente sobre sí un angustioso problema de conciencia, el drama de vacilar entre la Patria y la Humanidad. Sus palabras de ese día son el comienzo de una crisis de la Internacional. «¿Cómo?—escribe Hervé en su periódico—. Nuestro hermoso sueño de la huelga general internacional contra la guerra, ¿dónde está? Habíamos soñado con llevar los pueblos contra los Gobiernos, para obligarles a acudir en sus conflictos al Tribunal de Arbitraje. Pero nuestras alas se han quebrado al choque de la dura realidad. ¡Todavía si fuese una guerra para defender a un pueblo pequeño, amordazado!... ¡Pero no; se trata del prestigio del zar, del honor del Gobierno ruso! Rabelais, Voltaire, Víctor Hugo, si oyeran estas palabras, estallarían de risa en sus tumbas.

Tras las manifestaciones socialistas de Berlín, en París se anuncia para la noche una asamblea gigantesca de la Confederación General del Trabajo. Pero a última hora es prohibida por la autoridad, «porque los oradores quieren discutir los medios necesarios para impedir la movilización».

* * *

Palabras, asambleas, sueño de una huelga general internacional contra la guerra. Pero la guerra, en 1914, no se impidió. Y ahora, en 1938, como entonces, otra vez las masas proletarias hablan de pueblos contra Gobiernos, de asambleas, de huelga general internacional contra la guerra. ¿Se impedirá hoy lo que entonces no se pudo impedir?

ROSTROS Y HECHOS DEL MOMENTO

El nuevo jefe del Ejército del Centro, don Segismundo Casado, en el acto de tomar posesión de este cargo, junto al general Miaja, nombrado, como es sabido, jefe de las agrupaciones de Ejércitos del Centro, Levante, Extremadura y Andalucía

La entrega de una nueva bandera, amadrinada por la señora de Zubillaga, esposa del presidente de la Audiencia de Madrid, al batallón de Retaguardia número 2. La bandera fué regalada por el Sector Norte del S. R. I.

(Fots. Albero y Segovia)

UN ARTICULO PROFETICO

Las cuartillas que no llegaron a publicarse y las profecías que llegaron a cumplirse

Un médico escribe sobre la guerra

VIVE el mundo horas de una profunda tensión. Pocas veces, como hoy, pueden calificarse de «históricos» los instantes de Europa. Los grandes diarios europeos miden el alcance de cada palabra en sus artículos, conscientes de que una alta responsabilidad palpita en cada frase que se escribe. Por las columnas de la Prensa mundial corren vientos de agorería y de pesimismo, y cada vez son mayores los signos que hacen igual el espíritu de esta hora al de aquellos días que precedieron a 1914. Se trazan cábalas, se hacen profecías, se intenta penetrar, a través de comentarios y augurios, en el incierto porvenir de Europa. «¡Atención al 23 de Mayo!», se escribe, como en un alerta inquietante.

De cuanto se escribió en aquel Julio de 1914, tan recordado ahora, lo más sorprendente, claro y profundo; lo más lleno de intuición y de valor fué, seguramente, un artículo no debido, por paradoja, a ningún profesional de la pluma. Estaba escrito para salir, el día 30 de aquel mes histórico, en el periódico alemán *Berliner Mongerpost*. Y no lo hizo un periodista, ni un escritor habitual, sino el médico berlinés Arthur Bernstein. Llevaba como título «La última advertencia», y todo en él tiene un extraordinario acento profético. El artículo estuvo compuesto para aquel día; pero no llegó a publicarse. Merece la pena recordar hoy este magnífico documento de un médico que supo ver el rumbo de los acontecimientos con una clarividencia desconcertante.

Las seis profecías

«No cabe ya la menor duda—escribía Bernstein—: los Nicolaievitch de aquí y de allá quieren la guerra. Los militares husmean la gloria, y como los políticos responsables de Alemania jamás tienen voz ni voto cuando hablan los militares, Bethmann y Jagow se resignarán. Frente a Bethmann han colocado centinelas especiales de seguridad, y si se resiste demasiado, se disparará con bala al corazón de su existencia privada. Es cosa sucia; pero, de momento, «necesidad nacional». Dentro de pocos días nadie podrá decir ya la verdad, ni menos escribirla.

Por lo tanto, digamos en el postrer instante: los instigadores de la guerra se equivocan.

Primero. No hay Triple Alianza. Italia no entrará, o, por lo menos, no a nuestro lado; si entra en la guerra, será al lado de los aliados.

Segundo. Inglaterra no permanecerá neutral, sino que acudirá en auxilio de Francia. Inglaterra no tolerará tampoco que parte del Ejército alemán atraviese Bélgica, lo que desde 1907 es un plan estratégico de todos conocido. Y si Inglaterra luchara contra nosotros, tendríamos enfrente a todo el mundo inglés, especialmente a los Estados Unidos. Y es más que probable que al mundo entero, en términos generales. Pues Inglaterra es respetada en todas partes, si no es amada; lo que, desgraciadamente, no podemos decir de nosotros.

Tercero. El Japón no atacará a Rusia, y, en cambio, es probable que nos ataque a nosotros.

Cuarto. Los Estados escandinavos (nuestros hermanos «germánicos») nos venderán aquello de que puedan prescindir; pero, por lo demás, no sienten afecto por nosotros.

Quinto. Austria-Hungría, militarmente, apenas si puede equivaler a Servia y Rumania juntas. Económicamente podrá resistir, pasando mucha hambre, unos tres o cinco años.

Sexto. La Revolución en Rusia estallará, si acaso, cuando Rusia haya sido derrotada.»

«Aunque ganásemos la guerra, nada ganaríamos»

«Nuestros embajadores—conocen la situación a fondo—continuaba diciendo Bernstein—. Y también el señor Bethmann debe conocerla. No es de presumir que permita que los irresponsables lleven la nación a una guerra de tres a cinco años, mientras él, por temor a las amenazas de los pangermanistas y militaristas, se lava las manos. El que nosotros, al final de esta terrible guerra, la más terrible que habrá visto el mundo, seamos vencedores, es problemático. Pero aunque ganásemos la guerra, nada ganaríamos. Dinero, como indemnización por la guerra, no lo habrá al final de la matanza en ninguna parte. Alemania hace la guerra por nada, del mismo modo que entra en ella, igualmente, por nada. Un millón de muertos, dos millones de lisiados y cincuenta mil millones de deudas serán el balance de esta guerra «alegre y animada». ¡Nada más!»

Cinco años después

El artículo estuvo compuesto; pero no llegó a imprimirse. Antes de terminar la noche, el Gobierno hizo la declaración de «peligro inminente de guerra», con lo cual el periódico berlinés no pudo publicar ya el artículo, compuesto para el día siguiente.

Sólo cinco años más tarde, acabada la guerra, cuando la escasez de cinc obligó en Alemania a registrar en busca de él en todos los rincones, se encontró la composición de aquellas cuartillas, salvándose de este modo del olvido aquel extraordinario documento, cuyas profecías fué la guerra convirtiendo en realidades.

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

Del enemigo, las armas

EN un periódico de Valencia, de fecha de 1.º de Mayo, que ha recibido en la trinchera un camarada, veo el retrato de un muchacho en la primera página. Debajo del retrato dice textualmente: «Augusto García, voluntario, cabo, que en Cerro Gordo se le quedó el pelotón sin armas, se las tomó al enemigo y siguió luchando».

Reconozco el rostro moreno y simpático, los ojos vivaces, la sonrisa aun casi infantil de este soldadito. ¡Un verdadero «veterano» que ahora cumplirá los diez y nueve años! No se me olvida su figura. Le conocí en Madrid, en aquellos días magníficos primeros de la sublevación, cuando el pueblo se lanzó como un león a la calle en defensa de su libertad. Veréis cómo fué: Salíamos una veintena de camaradas, en un camión, para Guadalajara, convertida en aquellas primeras horas en baluarte fascista. En el momento de partir vimos que se encaramaba al camión un muchachuelo, casi un niño, vestido con un *mono* azul. Se obstinaba en venir con nosotros, y como no le dejábamos, para convencernos alegó que su padre acababa de salir en otro camión, con varios compañeros armados; pero que se había dejado en su casa el *carnet*, y el pequeño quería ir a entregárselo para que no le fuera a ocurrir algún contratiempo por ir indocumentado.

No eran momentos de pararse en averiguaciones, y dejamos venir al chico.

Llegamos a Guadalajara en los momentos en que la lucha era más intensa. El heroico Ristori dirigía el ataque a los cuarteles, y el entusiasmo de los improvisados milicianos era insuperable. Avanzábamos hacia uno de los cuarteles, amparándonos en esquinas y portales, porque desde algunas casas los *pacos* fascistas disparaban traidoramente. Desde un balcón nos hicieron una descarga cerrada. Nos dispusimos a asaltar a los agresores. Y vimos en este instante al chico que trajimos en el camión. Se había plantado delante de nosotros, en medio de la calle, e increpaba a los ocultos enemigos y nos animaba a la lucha con una energía jubilosa. Desde otras ventanas salieron varios tiros, y las balas salpicaron cerca de él. Sin inmutarse, el muchacho seguía su arenga, y pedía a gritos un fusil, una pistola...

Quisimos quitar del peligro al muchacho, y no lo conseguimos. Al contrario, se mezcló a nosotros, y cuando la puerta de la madriguera fascista saltó hecha astillas a nuestro empuje, él fué el primero que se lanzó dentro. Se luchó en el patio de la casona. Perdí de vista unos instantes al *chaval*, y en seguida lo vi aparecer arriba, en uno de los balcones del primer piso, gritándonos que los enemigos huían por los tejados de las casas contiguas. El chico ya no estaba desarmado. Agitaba, entusiasmado, una magnífica carabina, que había arrancado de las manos, aun crispadas, de un faccioso, muerto en el primer rellano de la escalera.

No me extraña, pues, que el madrileñito de aquel día haya sido capaz de la brava hazaña que cuenta el periódico valenciano. Su primera acción de guerra la realizó también así: tomando al enemigo las armas para combatirle. Por cierto que aquella primera salida tuvo para nuestro mozo un final semejante a la del Ingenioso Hidalgo. Aquella tarde su padre lo encontró en Guadalajara, y como, naturalmente, no le había dado permiso para que fuera allí, el diminuto miliciano, después de escuchar una seria reprimenda, fué devuelto a Madrid, con las orejas gachas.

Dos semanas después encontré al padre del *chaval*, y le pregunté por éste. El compañero hizo un gesto de contrariedad, y me dijo:

—No sé de él. Cuando volvimos a Madrid lo mandé a que entregara la carabina que traía en mi Sindicato. Salió de casa con el arma, y en vez de obedecerme, se montó en un camión que salía para la Sierra. Se ha empeñado en ser miliciano, y tendré que dejarlo.

Y desde entonces ni un solo día ha dejado de combatir Augusto García, el muchacho madrileño que tiene el temple heroico de los auténticos soldados del pueblo.—MANUEL MARTÍN COBO».

La lucha contra los especuladores

PREMIO A LA COLABORACIÓN CÍVICA

ESTÁ dando frutos ejemplares la campaña contra los especuladores. No pasa día sin que uno o varios de esos mercachifles sin conciencia quede inmovilizado en las mallas de la acción policíaca. Todo cuanto se intente y se consiga en este sentido ha de tener nuestro aplauso, porque no sin razón ha sido MUNDO GRÁFICO, si no el primero, de los primeros periódicos en impulsar esa acción moral de saneamiento de la retaguardia, que a todos nos importa.

En nuestra colección están patentes estas preocupaciones: el ordenamiento de los abastos mediante cartillas, la tasa, el racionamiento, la capacitación de la mujer y su incorporación al trabajo, la militarización de los transportes, la acción contra la vagancia...

Temas substanciales de nuestra lucha, en los que nuestras opiniones han tenido la fortuna de verse plasmadas, luego, en ordenamientos oficiales. En la lucha contra el especulador público y privado, lógicamente, nuestra actitud, de condenación, ha coincidido y estimulado toda acción oficial. Pero no se nos ocultan, naturalmente, las dificultades y obstáculos inherentes a esa acción de saneamiento. Se comprende que la autoridad no puede disponer de un policía para vigilar y sorprender a cada presunto delincuente. Por eso no siempre se puede hacer efectiva la acción coactiva de la autoridad sobre cada caso de comercio abusivo.

Algo no cambia—ni en la guerra, ni en las más profundas transformaciones sociales—: el espíritu de Shylock es inmortal; la codicia es un substrato nativo de la condición humana.

He aquí por qué, en circunstancias como las nuestras, se hace más precisa y preciosa que nunca la colaboración ciudadana. Los agentes de la autoridad, toda la fuerza fiscal del Estado, no puede alcanzar, por imperativos de limitación y de número, lo que conseguiría una acción ciudadana libre, leal y bien orientada. El especulador, salvo los casos cínicos que a diario se manifiestan, procede siempre en la clandestinidad. Para operar necesita cómplices. El vendedor usurario se complementa con el comprador egoísta. Si no hubiera quien comprara víveres a precios escandalosos, no habría quien los vendiera, porque contra el productor que abusa existe la resistencia del consumidor que se abstiene.

Ahora, por imperio de la necesidad, no son posibles abstenciones colectivas. Siempre habrá alguno, o más necesitado o más opulento, que comprará caro. La ley de oferta y demanda sigue dando la pauta de todo comercio. En épocas normales, el comerciante tiene, en su afán de lucro, un tope: la competencia. Ahora, la escasez ha hecho desaparecer ese freno, y así galopan, aunque sea al margen de la ley, los hijos de Mercurio.

Por eso, ahora la acción más eficaz contra el logrero corresponde ejercerla a su presunta víctima: el consumidor. Y todo cuanto se haga por estimular esa

acción cívica será poco, porque lo primero es robustecer en el espíritu público, además de la fe en la justicia, la seguridad de que el denunciar a un especulador es no sólo un acto obligado de legítima defensa, sino también una acción digna, meritoria, de buena ciudadanía.

Hay que rodear al denunciante de un logrero de una atmósfera moral estimulante que desvanezca viejos prejuicios (hay todavía quien cree, en falso tópico de majeza, que la denuncia digna tiene algo que ver con la baja *chivatería*).

Y además de ese estímulo, de esa asistencia moral, no estaría de más conceder al denunciante de un especulador de víveres una compensación material. En los delitos de contrabando, cuando eran descubiertos, se concedía al denunciante y al aprehensor una prima, un porcentaje sobre el valor de la mercancía decomisada.

Buen recurso sería estimular el celo ciudadano con la concesión de un porcentaje de los artículos intervenidos. Hay quien no denuncia al que le ofrece víveres a precios escandalosos por no «meterse en jaleos» y porque, en definitiva, él, con «no comprarlos, ni pierde ni gana nada». Lamentable, pero humana, indiferencia que el estímulo de un premio, de una prima sobre los víveres intervenidos, podría disipar. Porque es frecuente el caso de la oferta de comestibles necesarios para un enfermo o un niño; el presunto comprador, ante los precios enormes, se limita a renunciar a ellos. El denunciar al logrero sería un acto de civismo puramente platónico, porque el necesitado seguiría carente de los víveres. Pero si a la justa indignación del explotado se añadiera el estímulo—«humano, demasiado humano»—de una participación en los artículos que la ley decomisara, los resultados de ese estímulo no se harían esperar. No debiera, en verdad, necesitarse de estos acuciamientos; pero como, según el viejo decir, «la necesidad no reconoce ley», es buena máxima política hacer ley de la propia necesidad.

Mademoiselle DOCTOR

La vida y las aventuras de una espía extraordinaria

XXII
EL ÚLTIMO SERVICIO

Hacia el cuartel del Estado Mayor

El oficial es joven, perspicaz. No quiere llevar adelante su investigación; guarda la pistola y coge a la mujer de un brazo. Ella refleja en el rostro el cansancio, el sobresalto y la emoción de las horas vividas.

—Está usted extenuada... Venga conmigo...

La acompaña con paso rápido hacia el local en que está instalado el Estado Mayor de aquella parte del frente. Al llegar ante el oficial de guardia, la mujer cae al suelo, desmayada. La recogen, la atienden, tratan de reanimarla.

—Esta mujer está agotada...

Llaman un médico. Al cabo de un buen rato, Ana María Lesser es otra vez dueña de sí misma, y está ante algunos oficiales del Estado Mayor, sentada frente a una mesa y vestida con un traje prestado por una enfermera.

Entre el silencio expectante de los oficiales del Estado Mayor empieza a hablar.

El informe terrestre

Y sus palabras ponen ante aquellos hombres la tremenda verdad de lo que se está preparando en el frente francés. Las comunicaciones de Ana María causan una extraordinaria sensación. Los franceses estaban incorporando febrilmente a sus líneas enormes contingentes de tropas de refresco. Se estaban acumulando masas enormes de artillería y de tanques. Largas filas de camiones, abarrotados de municiones, avanzaban sin cesar hacia los frentes. Había en todas las líneas una infatigable actividad, preparatoria de formidables acometidas. En las poblaciones de retaguardia, nuevas tropas americanas, con armamento y material modernísimo, esperan el momento de incorporarse a la lucha.

Los oficiales comprenden la importancia de todo aquello. Conocen el mérito y la seguridad de *Mademoiselle Doctor*, saben el crédito total que a los informes de ella puede darse siempre. Escuchan y preguntan. Toman notas y más notas. Muestran a Ana María unos planos, pidiéndole que trace sobre ellos la zona recorrida.

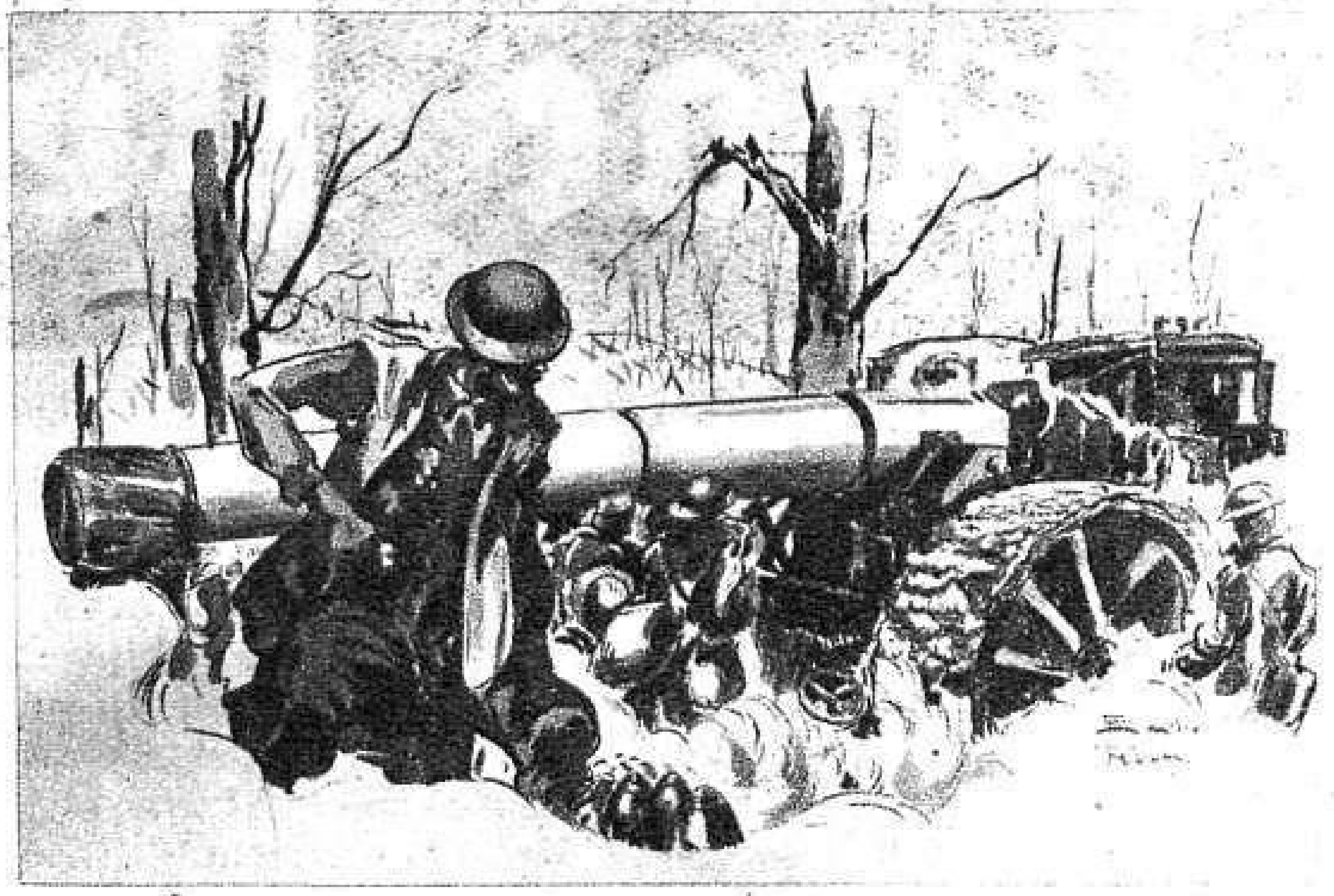
Ella conoce bien la geografía del frente francés, y traza con absoluta seguridad sobre el mapa las líneas de su viaje, los puntos en que ha visto concentraciones, las carreteras por donde presenció el paso de inacabables caravanas de tropas y material

Ante el Mando supremo

Cuando Ana María ha acabado su exposición, jefes y oficiales quedan unos instantes en silencio, como abrumados por la magnitud de lo que acaban de escuchar. Uno, después, se lavanta de ante la mesa y se dirige a hablar por teléfono. Cuando ya lo ha hecho, se vuelve hacia Ana María.

—Venga usted conmigo. Es necesario que todo esto mismo lo exponga en el Cuartel General. No hay tiempo que perder...

Salen los dos, y en coche se dirigen hacia un aeródromo cercano. Montan en un avión, y pocos minutos más tarde están ante el Mando superior alemán, en el Cuartel General. Allí, ante los altos jefes, expone de nuevo Ana María los informes obtenidos durante su viaje, con toda clase de detalles. Cuando ha acabado de hablar y ha respondido a cuantas preguntas le ha hecho el Mando, del Cuartel General empiezan a salir órdenes para las fuerzas que están en el frente francés. El teléfono y el telégrafo funcionan febrilmente. Entran y salen jefes y oficiales. Coches y motocicletas parten en direcciones distintas.



Abandona Ana María la residencia del Mando supremo. Un coche la traslada a la estación más cercana del ferrocarril. Sube al primer tren que parte para Berlín, mientras allá, en el frente alemán de Francia, merced a este servicio de ella, todo vive y se agita bajo una extraordinaria actividad, para tratar de contener el terrible empuje aliado que se avecina.

Ella y Matthesius

Otra vez en Berlín, en las estancias lujosas de aquel tercer piso de la Koniggratzer Strasse. Matthesius la saluda alborozadamente.

—Esta vez estaba inquieto por usted, no quiero ocultárselo.

Se ven con emoción y con alegría, compañeros de tantas horas de sobresalto y de trabajo, unidos en un mismo fervor y una misma tarea.

—Pero ahora—dice Ana María—las noticias que he conseguido no son buenas. Luego hablaremos. Estoy rendida. Venga a verme a la noche, ¿quiere? Cuando haya descansado un poco. Le espero.

Unas horas después, Matthesius escucha con espanto, de labios de Ana María, las noticias reveladoras del golpe que se está preparando y que puede ser decisivo. El, acostumbrado a recibir comunicaciones que muchas veces no eran gratas, se siente ahora abrumado.

—¡Es horrible, horrible!...

Y los dos, quizá por primera vez en su vida, durante la guerra, doloridos y pálidos, sienten que sobre sí pesa la desgracia. Una extraña sensación les asciende a la garganta desde el pecho.

En el próximo número:

Capítulo XXIII y último. - LA SOMBRA DE UNA MUJER

ENTRE LA ESPAÑA DE AYER Y LA DE MAÑANA

En el aniversario de

Isaac Peral

CUANDO cada minuto es de pensar en la España que habrá que hacer, tan diferente de aquella otra España que los errores y la perversión de los políticos y la pasividad de los ciudadanos deshicieron, se encara uno bien con el recuerdo de Isaac Peral, al repetirse, en esa eterna reiteración del calendario, la fecha del 23 de Mayo, en que, hace ahora cuarenta y tres años, falleció. Acaso sería mejor decir «le mató» aquella misma perversión, y aquellos mismos errores de la política, y aquella misma pasividad ciudadana.

España—todavía los mástiles rotos de la escuadra *Invencible*, fácilmente vencida—había renunciado ya a rehacer sobre los mares la altiva proa de su antigua soberanía naval. Cuando aún la bandera española ondeaba en Cuba y en Filipinas frente a fuertes codicias...

Entonces llegó al Gobierno Isaac Peral con su submarino. Alemania acababa de desembarcar tropas de conquista en Las Carolinas. Los Estados Unidos disponían ya sus escuadras, que no tardarían en llegar a Cavite.

España e Inglaterra ante Isaac Peral

Para el Gobierno español, la invención del submarino por Isaac Peral fué más motivo de contrariedad que de satisfacción.

Un país sometido a una regencia femenina, con la hacienda en déficit y amenazado por poderosos enemigos interiores, de la rama reinante o del régimen, podía suscitar desconfianzas que alentasen peligrosas hostilidades en los Estados extranjeros si se mostraba poseedor de un instrumento de defensa y ataque tan formidable como habría de serlo aquella nave sumergible. Así, al ofrecimiento de Peral se respondió desde el Ministerio con un frío acuse de recibo. Y a la insistencia del inventor, con la petición de un presupuesto que limitara el coste de unas pruebas cuyos resultados felices sería el Gobierno el primero en lamentar.

Mientras tanto, Inglaterra, informada de la resolución del problema de la navegación submarina con el invento de Peral, se apresuraba a formularle tentadoras proposiciones.

Para España sería suficiente con una consignación de 216.500 pesetas que se necesitaban para la construcción de la nave y sus instalaciones de aparatos, fué la respuesta de Peral. Para Inglaterra no tuvo otra contestación que una expresión de gratitud y una inclinación de cortesía.

Las pruebas del submarino Peral

Pero concedida aquella consignación, y terminada la construcción del aparato, a los políticos españoles era el fracaso del invento lo que les interesaba. Y sobre una prueba de resultado favorable se le exigía a Peral o su repetición, con la esperanza de que cualquier entorpecimiento la anulara, o la realización de otra prueba de mayores dificultades. Mientras, se le sometía en su persona a un trato de intolerable desconsideración. Hasta llegar a imponerle un arresto por haber efectuado un viaje sin obtener el permiso previo del ministro de Marina, y hasta obligarle a forzar el rendimiento de los aparatos de que estaba dotado el submarino, más allá del cálculo de cualquier experiencia, y acabar atribuyendo sus fallos a imperfecciones del invento que lo hicieran prácticamente inútil.

Después, todos los progresos alcanzados por las Armadas extranjeras—1914-1918... Alemania mantenía en constante alarma a las flotas aliadas—no fueron sino perfeccionamientos de aquel submarino de Isaac Peral que España desdeñó.

Y un 23 de Mayo—como éste, en que se encara uno bien con su recuerdo—Isaac Peral se moría de aquel desdén, ejemplarmente. Ejemplarmente para los españoles que hemos de pensar ahora en cada minuto en la España que habrá que hacer tan diferente.

José ROMERO CUESTA

PUBLICITAS, S. A.

Administración de la publicidad de

Prensa Gráfica

Avenida de Pi y Margall, 9, entlo.

MADRID

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 — CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

TAQUIGRAFIA, por Martín Eztala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección diríjase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, núm. 9, entresuelo.

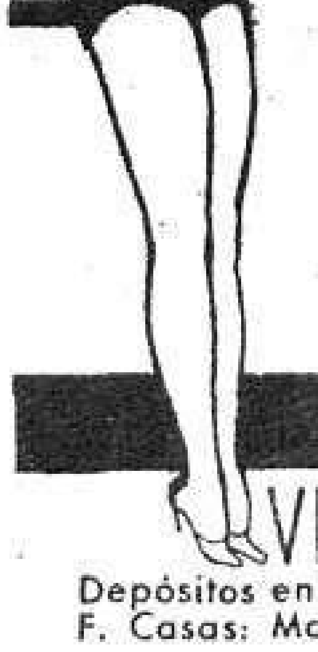
EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

SEÑORITAS, SEÑORAS: ¡Un buen consejo que agradeceréis!: No pretendáis embelleceros sólo con productos de tocador; debéis también reconstituir vuestro organismo; para ello precisa toméis Eupartol, vigorizador único para el sexo femenino. Con

el Eupartol desaparecerán manchas, granos, rojeces, espinillas, arrugas prematuras, vicios de la sangre; obtendréis un cutis limpio. Eupartol endurecerá vuestros senos, desapareciendo la flacidez y caimiento de éstos. ¡Eupartol, secreto de vuestra belleza! Eupartol cura molestias y desarreglos mensuales, devolviéndoos salud y hermosura. Madres, no abandonéis la edad crítica..., la pubertad de vuestras hijitas; ayudadles con Eupartol. Futuras madres, debéis tomar Eupartol desde el quinto mes; tendréis un rápido y feliz parto, hijos sanos y robustos (mejoraréis la raza). Muchas ya conocéis innumerables servicios prestados por este gran preparado; si lo ignoráis, probadlo y os convenceréis. MATRIMONIOS INFELICES por no tener hijos, tomando Eupartol los conseguiréis. Para detalles y folleto gratuito, escribir a Consultorio femenino y de belleza a cargo de doña Montserrat Fortuny, Laboratorios Eupartol, Claris, 57, Barcelona.

PARA ADELGAZAR

SABELIN



Composición de hierbas medicinales. No deja señales de la OBESIDAD, conservando las carnes fuertes y sin arrugas. NUNCA PERJUDICA. ¿Quiere convencerse? Pruebe tan sólo una caja o pida **folleto** a **Laboratorio Sokatarg, Ter, 16, Barcelona.** Agente en Cuba: J. Carlos Guasch, Apartado 825, Habana.

VENTA EN PRINCIPALES FARMACIAS

Depósitos en Madrid: Durán: Tetuán, 9.—J. Martín: Alcalá, 2.—F. Casas: Mayor, 6.—Riesgo: Mayor, 7.—Gayoso: Arenal, 2.

CARTELERA DE ESPECTÁCULOS DE LA SEMANA (INDUSTRIA INTERVENIDA POR EL ESTADO)

= Del lunes 23 al domingo 29 de Mayo de 1938 =

TEATROS

IDEAL.—5,30, La tempranica y Serafín el pinturero o Contra el querer no hay razones.
GARCIA LORCA (antes Popular).—6, ¡Que me la traigan! Miércoles: Pide por esa boca (estreno).

A las 6,30

ASCASO.—Malvaloca.
BARRAL.—Las flores.
COMEDIA.—¡Cuidado con la Paca!
CHUECA.—Cancionera.
ESLAVA.—Usted es mi hombre. Viernes: Yo quiero ser *vedette* (estreno).
ESPAÑOL.—Juan José.
FUENCARRAL.—La chula de Pontevedra.
JOAQUIN DICENTA.—¡Ole con ole!
LARA.—Un tío con tragaderas.
LOPE DE VEGA (antes Alkázar).—¡Qué más da!
MARAVILLAS.—De la Ceca a la Meca.
MARTIN.—¡Las hay... frívolas!
PARDIÑAS.—El Mesón del Pato Rojo.
PAVON.—Teatro de guerra, Mi puesto está en las trincheras, Consejo de guerra, La evasión de los flamencos, Indiferentes.
PROGRESO.—¡No llores, madre!

TEATROS DE VARIEDADES

CALDERON.—6, Variedades 1938, con Ramper. Guillén, María Arias, Cepero, Lupe Rivas Cacho, Marinita, Mary Paz, Moreno?, Pharry Sixters, etc., etc.
VARIEDADES (antes García Lorca).—4,45 y 7, Formidable programa de *variétés*, con las más eminentes atracciones del género.
ZARZUELA (Metrópoli de las variedades).—Temporada de atracciones: Topete, Rafael Arcos, Lolita Granados, Negro Aquilino, Trío Hermanas Díaz, Niña de los Peines, Pastora Imperio, Canasteros de Triana, etc., etc.

CINEMATÓGRAFOS

A las 5 y 7 de la tarde

ASTUR.—Tango Bar. Jueves: ¡Ojo, solteros!
AVENIDA.—Tras la montaña.
BARCELO.—La casta Susana.
BELLAS ARTES.—La vida empieza. (Segunda semana.)
BILBAO.—La sombra del hampa.
CAPITOL.—Canción de amor. (Segunda semana.)
DORE.—En busca de una canción. Jueves: Aquí viene la Armada.
ENCOMIENDA.—Poderoso caballero. Jueves: La loca aventura.
FIGARO.—Asesinato por televisión y Déjame pasar la noche contigo.
GENOVA.—Mazurka. Jueves: El doble crimen de la Universidad.
GOYA.—Las maletas del señor O. F. Jueves: Es el amor.
LATINA.—La última avanzada. Jueves: Sombrero de copa.
MONUMENTAL.—El hombre sin rostro y Salvad a las mujeres.
PADILLA.—La novia que vuelve. Jueves: La última avanzada.
PALACIO DE LA MUSICA.—Ruta de héroes. (Tercera semana.)
ROYALTY.—El terror de Chicago. Jueves: Adán sin Eva.
SALAMANCA.—El gran Ziegfeld.
TETUAN.—Una aventura en la niebla. Miércoles: «I. F. 1 no contesta». Viernes: Hombres sin nombre.
TIVOLI.—Una morena y una rubia.

CINES DE SESION CONTINUA

De 11 mañana a 9 noche

ACTUALIDADES.—Elyssia.
CALATRAVAS.—El último pagano.
CARRETAS.—Suzy. (Segunda semana.)
GONG.—Quiéreme siempre.
MADRID PARIS.—Amar en ayunas. (Tercera semana.)

De 5 tarde a 9 noche

BENAVENTE. — Madre querida. Jueves: Gracia y simpatía.
CHAMBERI.—¡Centinela, alerta!
DOS DE MAYO.—El buque de los miste- y Sin freno y sin luz. Jueves: Joaquín Murrieta.
ELCANO.—No soy ningún ángel. Miércoles: Los diablos del cine. Viernes: El caballero de la noche.
FLOR.—Hogueras en la noche. Jueves: El rey de los Campos Elíseos.
HOLLYWOOD.—El vidente. Jueves: El payaso de circo.
METROPOLITANO.—Farsas de la vida y Huérfanos del Oeste. Jueves: Prisionero del odio.
OLIMPIA.—El rey de los condenados. Jueves: El ángel de las tinieblas.
PLEYEL.—¿Quién me quiere a mí? Jueves: Un par de gitanos
PRENSA.—La voz de la selva.

CINES CON «FIN DE FIESTA»

De 5 tarde a 9 noche

DURRUTI.—Entre esposa y secretaria, y *variétés*, con Carmina Herrero, Nita Guerri, Lolita Luna, Caracol (hijo), Paco el Lorquino y Les Richards.
PROYECCIONES.—El despertar de una nación, y *variétés*, con Raquel Moreli, Nati de Aragón, Coralillo de Granada, Hermanas Piquer y Encarnita Iglesias.
RIALTO.—Guerra española, y *variétés*, con Charito España, Anita Jovellanos, Mazaco y Alfonso Alfaro, Trío Llopis y Carmelita Vázquez.
PANORAMA.—¿Hombre o ratón?, y *variétés*, con Carmen Becerra, Olivares y Los Yerar's.

ANTE LOS EXAMENES DE FIN DE CURSO

La batalla que han ganado los **escolares madrileños**

ULTIMOS días de Mayo. Inquietud clá-s'ca de la estudiantina, abccada a los exámenes de fin de curso. El escolar más perezoso madruga, al reclamo del buen sol primaveral; los libros de texto subyugan las miradas juveniles, hurtándolas a la clara paganía del ambiente, a la tentación, renovada por el ímpetu vernal, de la belleza femenina.

Ni la guera, con su dramática aspereza, es capaz de derrocar esta tradición. Y en el Madrid claro y heroico, menos que en parte alguna. El curso de 1938 se ha desarrollado completo en todas las escuelas, colegios, Centros de enseñanza de la villa invicta. De todos los grandes ejemplos del Madrid en guerra, quizá ninguno tan elocuente y fecundo como éste. Una ciudad que es toda ella fortaleza y frente de combate, que tiene al enemigo en los umbrales, que desarrolla su vida entre una ronca sinfonía de cañones, que a diario ve sus casas heridas metralla y sus calles cruzadas por el do escalofriante de los proyectiles feros... Una ciudad que ha vivido ndo duro invierno de guerra, de las las privaciones y todos los

escolar no se ha interrum-
ías de más rudo frío, ni
e rondaba la Muerte,
adas explosivas que
ad.

Un maestro veterano, que explica sus lecciones en un céntrico Grupo escolar, dice:

—Este invierno es el curso en que se

han señalado menos faltas de asistencias en las listas. Aun en las mañanas aquellas en que Madrid aparecía como abrumado por la nieve. Los chicos venían a clase como dotados de un nuevo sentido de responsabilidad, que les hacía cumplir su deber escolar con la misma serenidad magnífica que sus padres, sus hermanos mayores cumplían sus deberes en las trincheras o en los lugares de trabajo. Tampoco las incidencias dramáticas de la guerra influían en los escolares. Algún día, ya mediada la mañana, he visto a algún pequeño inclinarse sobre el pupitre con un gesto de somnolencia. La explicación disculpadora tenía una emoción inefable. El pequeño había pasado casi toda la noche anterior sin dormir, en un sótano o en un refugio, mientras los cañones fascistas se ensañaban ferozmente sobre la ciudad.

Los escolares madrileños, que por decenas de millares han llenado sus aulas durante todo el curso, tienen bien probado su temple, digno del de la ciudad heroica. Son, a su manera, héroes también: de un heroísmo cívico henchido de futuras grandezas.

Estos niños, que en el duro invierno, en los días de escasez y de peligro no han faltado a sus clases, han seguido imperturbables sus lecciones mientras el cañón rugía; estos niños, que han sabido cumplir serenamente, estoicamente con sus deberes de pequeños ciudadanos, merecen que Madrid les otorgue un homenaje de simpatía y de cariño.

Van a celebrarse los exámenes de fin de curso. No sería complicado ni costoso que con las notas que sus profesoreles disciernan recibieran nuestros colegiales un sencillo diploma, una pequeña placa, cualquier modesto distintivo que diera fe de que ellos estudiaron en Madrid durante todo un duro año de guerra. Que el haber sido buen escolar en el Madrid de 1938 sea para ellos un timbre de orgullo. Porque mientras los hombres se matan y la barbarie de la guerra impera, ellos han librado la mejor y la más fecunda de las batallas, adquiriendo conocimientos, templando sus espíritus en cordiales atmósferas de cultura, único

Mientras el cañón rugía, los pequeños escolares, en el curso que ahora acaba, han seguido normalmente sus estudios y sus juegos (Fots. Videa)

modo de que en su porvenir no sean posibles esas tragedias estúpidas que son las guerras.

El muchacho madrileño que ha estado todo el curso atento a sus libros, tranquilo en su pupitre escolar, merece nuestro homenaje como el más heroico combatiente. Con su pluma y sus cartapacios, él estaba sosteniendo y ganando la mejor de las batallas futuras. Cuando sonaba el cañón, el estudiante abría su libro. Victoria obtenida, porque *esto*, el libro, matará algún día a aquello.

J. F.

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla. 73, Madrid
(Printed in Spain)